

INTRODUCCIÓN

Todos los niños japoneses hablan japonés

Oh sorpresa, ¡todos los niños japoneses hablan japonés! Cuando de repente me surgió esa idea en la cabeza quedé pasmado. De hecho, los niños de todo el mundo hablan sus lenguas nativas con suma fluidez. Todos y cada uno de los niños japoneses hablan japonés sin dificultad. ¿No demuestra esto un sorprendente talento? ¿Cómo, por qué medios, sucede esto? Tuve que controlar mi impulso de salir gritando de alegría por este descubrimiento.

Los niños de Osaka hablan el complicado dialecto local. Somos incapaces de imitar el dialecto Thoku, pero los niños Thoku lo hablan. ¿No es esto todo un logro? No obstante, a nadie más le interesó mi descubrimiento lo más mínimo. Es algo que se da por hecho; la gente en general, piensa que la capacidad que tienen los niños es innata. Al ver mi entusiasmo, la mitad de la gente que me oyó se alarmó, y otros me creyeron absurdo. De todas formas, mi descubrimiento tuvo realmente una gran importancia; me hizo comprender que cualquier niño es capaz de desarrollar habilidades superiores si se utilizan los métodos correctos en su entrenamiento. Esto sucedió hace tres décadas, cuando yo tenía 33 o 34 años. El desarrollo de la idea que se me había ocurrido aquel día, junto con el intento por llevarla a la práctica, pronto se convirtieron en el propósito fundamental de mi vida.

Creo que fue allá por los años 1931 o 1932, cuando enseñaba violín en el Conservatorio Imperial a un grupo de jóvenes, cuando un padre vino acompañado de su hijo de 4 años. El niño aquel es hoy un músico famoso: Toshiya Eto.

¿Cómo ocurre este sorprendente hecho?

Aquel padre me pidió que le enseñara a tocar el violín a su hijo. En aquel tiempo yo no sabía cómo enseñar a un niño tan pequeño, o qué enseñarle. Carecía de tal experiencia. ¿Qué tipo de método de

CRIADOS CON AMOR

Plantar la semilla de la capacidad

Una semilla necesita tiempo y estímulo...

En nuestra filial de Shinagawa, en la zona de Tokio, que dirigía el Sr. Miyazawa, teníamos un periquito que era la mascota de los niños que acudían a sus clases de violín. Cuando los señores Miyazawa compraron el pájaro, le enseñaron a decir en japonés “Soy Peeko Miyazawa, soy Peeko Miyazawa.” Con su chillona vocecita, el pajarito más tarde le decía a los niños lo que había escuchado: “Peeko es un pajarito bueno.” Según el señor Miyazawa, para adiestrar a un pajarito hay que empezar a enseñarle al poco de nacer. Al principio, hay que tener perseverancia, energía y paciencia. Para hacer que el periquito hable y desarrolle su habilidad, es necesario repetir la misma palabra una y otra vez. Y justo cuando uno piensa que de nada sirve y se siente desesperado, a punto de dejarlo, obtiene la recompensa esperada.

Al principio, se le repetía el nombre Peeko unas cincuenta veces al día; esto hace 300 veces en dos meses. Entonces, al final, el pájaro empezó a decir “Peeko”. Si esta palabra no se le hubiera enseñado diariamente con tanta insistencia, el pájaro nunca hubiera tenido el “talento” o la “capacidad” para decirla. Gracias a esta práctica, se implantó el conocimiento, y luego la capacidad tuvo que desarrollarse hasta madurar. Preparación, tiempo y entorno se unieron como estimulantes. No vemos la semilla plantada en la tierra, pero el agua, el calor, la luz y la sombra actúan diariamente como estímulos; poco a poco se produce un cambio invisible a simple vista, hasta que un día aparece el brote. ¿No son comparables ambas situaciones?

Con paciencia y repetición, la semilla florece

Una vez que surge el primer brote, la semilla crece cada vez más rápido. Después de haberle repetido tres mil veces su nombre, el

forma que tenía el Marqués de Tokugawa de asegurar que mi personalidad fuera adiestrada adecuadamente.

El recital de graduación de la academia de Ueno es una gran decepción

Recibía una clase semanal de violín de la Srta. Ando. Me sugirió que entrara al año siguiente en la escuela de música de Ueno para que, como dijo, estudiara también otras cosas. Yo ya planeaba hacer el examen de ingreso y lo estaba preparando. Como se acercaba la audición, tras la sugerencia de la Srta. Ando, me fui a escuchar el recital de graduación de Ueno. Me llevé una terrible decepción. Había ido con gran expectación. Al día siguiente fui a verla; le dije, “Anoche escuché el recital de graduación. Si eso es lo mejor que puedo hacer después de estudiar en Ueno, no quiero hacer el examen de ingreso. Prefiero seguir estudiando con usted, si puedo.” Oír la audición de fin de curso tras haber estado escuchando sólo a los mejores intérpretes del mundo en grabaciones me dejó una sensación de desilusión. Pensé que sería mejor no entrar en la academia. La Srta. Ando sonrió. “Muy bien, si es lo que prefieres. Pero tendrás que trabajar duro.” Así que reanudé las clases con ella una vez por semana. Inesperadamente, el hecho de no entrar en el conservatorio de Ueno me llevó a Alemania.

La llamada de mi destino

Además de las lecciones de la Srta. Ando, recibí clases particulares de teoría musical del profesor Ryutaro Hirota, y de acústica del profesor H. Tanabe. Después de vivir en Tokio durante año y medio, el Marqués de Tokugawa comenzó a hablar de un viaje alrededor del mundo. “Suzuki,” dijo, “¿Por qué no vienes tú también? Nos llevará un año, pero será divertido.” Acababa de empezar a estudiar el violín. Pensé que era demasiado joven para disfrutar de un viaje así a mi edad, y se lo dije. Así que el tema fue olvidado y se acordó que yo trabajaría duro con el violín. Pero poco después empezaron mis vacaciones, y un día, en casa, le mencioné el asunto a mi padre.